



# Las fosas del silencio

¿Hay un holocausto español?

Montse Armengou  
Ricard Belis

Prólogo de Santiago Carrillo

Después de la guerra civil, el régimen franquista justificó la represión como respuesta a los abusos cometidos por los rojos contra los nacionales, siguiendo un plan diseñado desde antes de la contienda, una auténtica estrategia de terror y represión.

En los primeros meses de la guerra se dio el paseo a miles de personas que fueron fusiladas sin juicio previo en cualquier cuneta o junto a la tapia de un cementerio. Son los desaparecidos del franquismo, personas de las que no existe ningún certificado de defunción y cuyas familias siguen buscándolas. Al silencio que impuso la dictadura se sumó la indiferencia de la transición, pero ahora sus familiares quieren encontrar los cuerpos y recuperar la memoria.

La investigación de este libro se centra en tres zonas: Extremadura y Andalucía, Asturias y León, y Cataluña. Después de *Los niños perdidos del franquismo*, Montse Armengou y Ricard Belis, continúan investigando los aspectos más ocultos de nuestro pasado reciente.

*A mi abuela Cinta, quien sola en Cal Capblanc  
de Fígols, se enfrentó a unos soldados en  
retirada, quizá perseguidos por las tropas de  
Sagardía, el mismo que después de extender la  
represión en el Pallars llegó victorioso a ese  
pueblecito minero del Berguedà.*

*A los Arnau, por esos días en Fígols.*

*A mi padre, por haber sabido cambiar, en las  
grandes cosas —como él y yo sabemos, una vez,  
dos veces— y en las pequeñas, como aprender  
informática y prestarme el portátil para escribir  
este libro.*

*A mi madre, por despertarme a las seis de la  
mañana, prepararme el desayuno y repasar  
conmigo la lección durante tantos años.*

*A Jordi, por regalarme su tiempo, a Júlia, por no  
protestar nunca, y a Gerard, por esperarme  
siempre con un abrazo.*

*A todos los represaliados que ahora me brindan  
el honor de llamarme amiga.*

MONTSE ARMENGOU  
Fígols, Barcelona, 2003

*A Mercè, por tantas horas de amor y compañía.  
Por llenar mis ausencias de casa y hacerme  
inmensamente feliz durante los últimos doce  
años.*

*A Julia y Roger, la alegría de la casa, quienes con  
sus risas, abrazos y besos ensanchan mi corazón  
día a día.*

*A la iaia Esperança y a mis padres, quienes  
desde muy pequeño me enseñaron que la  
libertad era el bien máspreciado del ser  
humano.*

*A todos los que han sufrido la represión y que  
han tenido el valor de remover las partes más  
tristes de su vida para que la verdad prevalezca  
sobre el silencio.*

RICARD BELIS  
Barcelona, 2003

Quien aspira a acercarse al propio pasado sepultado ha de comportarse como el que exhuma un cadáver.

WALTER BENJAMIN

Las desapariciones forzosas afectan los valores más profundos de toda sociedad respetuosa de la primacía del derecho, de los derechos humanos y de las libertades fundamentales y su práctica sistemática representa un crimen de lesa humanidad.

Declaración sobre la protección de todas las personas contra las desapariciones forzadas. Aprobada por la Asamblea General de la ONU el 18 de diciembre de 1992. Ratificada por España.

No estamos buscando a personas que no conocemos. Estamos buscando a gente que es parte de nuestras vidas. Aunque no les hayamos conocido, sabemos quiénes eran, qué vidas llevaban, a qué se dedicaban, cuántos hijos tenían. Aunque no les hayamos visto nunca, aunque no hayamos oído sus voces durante estos años, nos hemos acercado a ellos. Se han convertido en amigos, en familiares nuestros.

AMOR MASOVIC,  
presidente de la Comisión Estatal  
para los desaparecidos de Bosnia-Herzegovina

## AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría podido escribirse sin la colaboración desinteresada de muchas personas, convencidas de la necesidad de sacar a la luz este pasado reciente durante tanto tiempo silenciado.

En lo concerniente a la zona del sudoeste de España, nunca podremos agradecer lo suficiente a los historiadores José M. Lama y Francisco Espinosa la paciencia en las explicaciones, la generosidad al permitirnos usar documentos que a ellos les han costado años de investigación y el abrirnos las puertas de personas que nunca habían sido entrevistadas.

De las impenetrables tierras del Pallars Sobirà no habríamos obtenido ni una pizca de información si no hubiera sido por Andreu Camps, quien nos dedicó tiempo y energía en un momento delicado y, además, deja el recuerdo de largas charlas repletas de complicidades.

Muchas personas han vencido el miedo, totalmente o en parte, y han sido lo suficientemente valientes para hablar. Gracias a Cayetano Berciano, Antonio Duran, Justo Calderón, Pablo Duque, Libertad González, Rafael Caraballo, Valentín Trenado, Javier Guerrero, José Luis de Vilallonga, Matilde Navas, Aurora Navas, Francesc Soler, Jaume Freixa, Jaume Ginesta, María Ginesta, Dolors Serís, Antònia Barné, Josep Palobat, Joaquim Barbal, Rosario Gallart y familia, Antonia Gallart, Isabel González Losada, Asunción Álvarez, Ricardo Suárez, Theo Francos, Manuel Pérez, José Antonio Fernández, Clara González, Isidra González, José Antonio Landera, Tomás Alonso.

Desde otra posición, también gracias a Gonzalo Tierno, Antonio Garate, Ángel Merino, Juan Zamora, Ricardo de la Cierva, Salvador Sánchez Terán, Arsenio Gento, Nicandro Álvarez, Ángel David Martín Rubio, excombatientes de la guerra civil y División Azul.

También debemos dar las gracias a nuestros compañeros de *30 Minuts*, de TV3, que trabajaron en la elaboración del documental que después dio paso a este libro: Maribel Serra, M. Josep Tabella, Salvador Alemany, Muntsa Tarrés, Walter Ojeda, Josep M. Suñé, Jordi Domènech, Mercè Romero, Ramón Ruiz, Albert Carlota y el resto de los miembros del programa, empezando por nuestro director, Joan Salvat.

Por último, no podemos olvidar a Julián Casanova, Joan M. Thomàs, Ricard Vinyes, Vicenç Navarro, Matilde Muro, Manuel Velasco, Manuel Gimeno, Jaume Boix, Arcadi Espada, Josep M. Huertas, Lluís Ardèvol, Història per Descobrir, Cristina Simó, Centre d'Art i Natura de Farrera, familia Ginesta, Jordi Creus, revista *Sapiens*, Emilio Silva, Santiago Macías, Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH), Ventureta Ballús, Servicio Civil Internacional, Sociedad Aranzadi, Francisco Echevarría, José Antonio Lorente (Universidad de Granada), Mari Luz González, María Encina, Montserrat Sans, Félix Espejo, Eugenio de Rioja, Steven Adolf, Ángel García Fontanet, Marc Carrillo, Reyes Mate, Antonio Cruz, familia Sibís, Josep Pinol, Xose Izquierdo, Asociación Jóvenes del Jerte, Gavilla Verde, Leandre Sagún, Carme Casas, Associació d'Ex presos Polítics de Catalunya, Fernando Magán, Ángel Archilla, Sixto Agudo, José Damián, Pablo Ortiz, Cecilio Gordillo, Josep M. Andreu, Comissió per la Veritat, la Memòria i la Historia de Catalunya.

Y a nuestra editora, Maria Borràs, por confiar en nosotros y hacemos un hueco en su cartera de autores.

## PRÓLOGO

Cuando leemos relatos sobre los descubrimientos de las fosas comunes del franquismo tenemos la impresión de hallamos ante actos de justicia histórica, los únicos posibles a la hora de saldar lo que fue la guerra civil de los años 1936-1939 del siglo XX.

Al hablar de justicia histórica me refiero esencialmente a un hecho que las generaciones de la postransición quizá tengan dificultades para valorar. Un hecho que sin embargo sí han vivido y sufrido las generaciones anteriores: que durante cerca de cuarenta años prensa, publicaciones, discursos, propaganda, sólo han hablado en España de los «crímenes» de la República. Sólo los «rojos» habían hecho barbaridades y además barbaridades terribles. Los franquistas fueron presentados como «justicieros», animados por sentimientos humanos, buenos y cristianos. La Iglesia española lo atestiguaba. Centenares de miles de familias republicanas han tenido que vivir cuarenta años sufriendo en silencio esta mentira. En silencio porque habían visto que si hablaban, si protestaban en aquel tiempo, podía sucederles a ellos lo mismo que a los que yacían en las fosas comunes. Los falangistas y en general las autoridades franquistas se lo anunciaban sin ambages, les hacían sentir que ellos vivían de milagro y que encontraban trabajo para poder seguir malviviendo de milagro, que podían seguir respirando y viendo amanecer nuevos días también de milagro por la «generosidad» de los vencedores, pues las mismas «razones» que habían llevado a sus parientes a terminar con un tiro en la nuca podían servir también para ellos. Ser parientes de republicanos les convertía en «desafectos» y los



«desafectos» sólo tenían derecho a callar, a sufrir, a disimular sus sentimientos y a agradecer el seguir con vida, a la «benevolencia» y «generosidad» de los vencedores.

La vida ha sido así de terrible para centenares de miles de familias republicanas en las ciudades y todavía más en las zonas rurales.

Los efectos de esta situación sobre la psicología de multitudes han sido diversos. Uno ha sido fundamentalmente el miedo. Gran parte de los españoles han vivido en una atmósfera de temor permanente.

Las alteraciones del espíritu humano viviendo en esas condiciones son incalculables, llegan incluso al complejo de culpa. ¿Habrían incurrido en culpa por el solo hecho de ser republicanos? Hasta la propia Iglesia les decía que sí. ¡Cuántos padres han estado ocultando a sus hijos durante años, con el ánimo de protegerlos en un medio hostil, que habían defendido la República! ¡Cuántos han tratado de que sus hijos no se metieran en política para preservarles de los sufrimientos que ellos habían tenido que pasar! ¡Y cuántos no han dejado de ser perseguidos, durante esos cuarenta años, por no resignarse y no claudicar!

Lo horrible de la represión franquista no consiste sólo en el número de asesinados bárbaramente, sino en los «muertos en vida»: las familias humilladas, viviendo años y años en el terror, muertos civilmente, sin encontrar a su alrededor más que hostilidad, amenazas y marginación.

Durante cuarenta años no se pudo hablar de lo que había sucedido verdaderamente en España. Sólo se habló de los «crímenes de los rojos».

Ahora, tarde ya, puede conocerse la verdad: que Franco y los suyos intentaron destruir físicamente a dos generaciones de republicanos y demócratas y casi lo consiguieron. Y que este crimen sobrepasa cuanto se había dicho sobre las represiones republicanas.

Como ya he explicado en numerosas ocasiones, he leído en algunas publicaciones que en Paracuellos se habían

producido, tanto antes como después, diversas ejecuciones. Antes yo no me había ocupado de las tareas relativas al orden público o a la seguridad, ni tampoco después de dimitir, a mediados de diciembre, de la junta. No me cansaré jamás de desmentirlo.

La pregunta es ¿por qué se ha tardado tanto en remover esta terrible historia? Si tenemos hace ya tiempo una Constitución, libertades, partidos, sindicatos, prensa libre, ¿por qué sólo ahora se empiezan a excavar las fosas?

La respuesta es a la vez compleja y sencilla. Trataré de exponerla quizá con crudeza.

La transición democrática no fue una victoria de los que perdimos la guerra civil, como han pretendido los ultras del franquismo con la pretensión de justificar sus conspiraciones e intentos de golpe de Estado contra la democracia. No es verdad que haya sido «el retomo de los rojos».

La larga represión franquista dejó maltrechas física y moralmente a las fuerzas republicanas. Durante muchos años, con la excepción del Comunista, los partidos que habían defendido la República no consiguieron organizarse seriamente en la clandestinidad; quedaron algunos referentes, en general muy pasivos, que no representaron nunca una amenaza para el régimen. Surgieron esporádicamente algunos grupos juveniles que no llegaron a cuajar. Sólo hubo un momento en que parecía posible lograr algo: el de la victoria de la alianza de las potencias antinazis en la Segunda Guerra Mundial. Entonces la esperanza en la posible ayuda de esas potencias propició una reanimación de las fuerzas republicanas en el interior y en el exilio. Pero eso supuso un breve paréntesis, el tiempo que tardaron en dividirse dichas potencias y se comprobó que la causa de la República no tenía interés para ellas. El régimen franquista recibió en cambio el balón de oxígeno de los acuerdos con EE.UU. y con la Santa Sede. Los embriones de oposición

republicana se desinflaron. Siguió la división en el exilio y la pasividad en el interior. Y surgió una estrategia que renunciaba a derribar al régimen franquista y se proponía mantenerse testimonialmente para participar en su sustitución cuando el régimen se descompusiera. De este modo sólo a la muerte de Franco apareció la posibilidad concreta de un cambio.

En España, en ese momento, el motor de lo que existía como resistencia ya no eran los partidos republicanos y las organizaciones que lucharon por la República. En los últimos años se había desarrollado un importante movimiento popular, obrero, estudiantil e intelectual, cuyos impulsores eran esencialmente comunistas y cristianos de base. Y en Cataluña y el País Vasco, también nacionalistas. Pero este movimiento popular, que contribuía a poner en crisis al sistema franquista, no tenía la capacidad de liquidarle con sus solas fuerzas.

En esas circunstancias surgió lo inesperado: el rey Juan Carlos, designado por Franco y heredero de sus poderes, impulsó el movimiento de los reformistas del franquismo, que habían llegado a la conclusión de que el régimen era un obstáculo para el desarrollo de España y su integración en la Comunidad Europea y se planteaban evolucionar hacia un sistema político homologable a las democracias europeas, tras caricaturescos intentos fracasados de adaptación del Movimiento Nacional.

Así surge la posibilidad de una convergencia entre los reformistas y la oposición democrática. (Esta, excepto en Cataluña, sólo fue capaz de unirse en el último momento).

Creo que es Vázquez Montalbán quien ha hablado de «la unión de dos debilidades», más que de dos fuerzas, en ese instante. Los reformistas eran incapaces, frente a los ultras que controlaban el ejército y gran parte del aparato del Estado, de conseguir un sistema homologable al europeo sin un acuerdo con la oposición democrática y ésta era incapaz de poner fin a la dictadura con sus solas fuerzas. Pero

las dos «debilidades» unidas componían una fuerza que al final consiguió neutralizar a los ultras.

Se intentó entonces excluir al PCE de este acuerdo y mantenerle en la ilegalidad para calmar a los ultras y satisfacer a poderes extranjeros que temían perder a España como una base de la OTAN. Pero un cambio así hubiera sido una parodia y se habría enfrentado con el movimiento popular que he citado y que era el único con fuerza para movilizar masas. El PCE utilizó enérgicamente estas condiciones para impedir su exclusión y lograr que el cambio fuera lo más democrático posible. El PCE comprendió incluso más claramente que otros partidos que su legalización forzaba la ruptura de los reformistas con los ultras y ponía a los primeros en la obligación de hacer concesiones democráticas mayores a la oposición, cuya cooperación necesitaban los reformistas hostigados ya por los ultras.

Así fue de complejo ese proceso: dos debilidades unieron la fuerza capaz de desplazar a los ultras y de abrir un proceso democrático. Pero incluso esa unión atravesó momentos en que pudo ponerse en duda su éxito.

De todo ello resultó una monarquía parlamentaria, un sistema democrático que hoy no se diferencia de los sistemas democráticos occidentales, sean monarquías o repúblicas, y que tiene los mismos defectos y virtudes que éstos.

Pero ese sistema no era la República. Lo había traído el pueblo —el pueblo de los años setenta, que ya no era el de los años 1936-1939; lo habían traído fuerzas de la oposición democrática y fuerzas comprometidas anteriormente con el franquismo.

Si en los primeros años la izquierda hubiera situado en el orden del día la exigencia de responsabilidades por el pasado, habría empujado a los reformistas no a romper, sino a acercarse a los ultras.

Tácticamente hubiese sido un error muy grave. Y ni siquiera muchos de los familiares de las víctimas, todavía ba-

jo el peso del terror, se hubieran atrevido a apoyar a la izquierda en esa iniciativa.

Por otra parte España había cambiado mucho y hasta en los partidos de izquierda muchos de los militantes, incluso dirigentes, eran descendientes de familias de los vencedores.

La vuelta a la democracia no era, porque no podía ser, el retorno a la República.

Todas las guerras son horribles y ponen al descubierto los peores rasgos de la condición humana. Iba a escribir que las guerras civiles lo son todavía más y pensándolo un poco me arrepiento, ya que las guerras que presenciamos contra Palestina, Irak y Afganistán, en las que se mata con los más modernos y sofisticados armamentos tanto a combatientes como a los habitantes de la retaguardia, niños, mujeres y ancianos y se destruyen las viviendas para castigar a las familias de los que combaten, revisten un nivel de barbarie que no va en zaga a las contiendas civiles. La guerra en sí misma es abominable y más que ninguna ésta que hoy se hace al llamado «terrorismo mundial».

En España, en 1936, cuando se sublevaron los militares, el pueblo respondió con un levantamiento popular en armas en el que los braceros sacaron el odio de siglos hacia los grandes terratenientes los cuales, al caer la monarquía, condenaban al hambre a sus familias diciéndoles: «¡Que os dé de comer la República!»; un levantamiento en el que se manifiesta el odio de siglos a una Iglesia que históricamente había cubierto las injusticias de los explotadores; el espíritu de venganza contra los cuerpos represivos que poco tiempo antes reprimían brutalmente una huelga general de campesinos y el movimiento de octubre de 1934... En España las injusticias habían acumulado tal odio de clases a lo largo de ese primer tercio del siglo XX que la sublevación actuó como un detonante en un polvorín. Para colmo los

campesinos que huyeron de las tropas fascistas desde Andalucía, Extremadura y las tierras de Toledo hacia Madrid describían tan vivamente el terror sistemático que sembraban en su avance los facciosos que los sentimientos de odio y venganza se desbordaron.

Frente a tal desbordamiento el Estado republicano estuvo inerte durante largos meses. Una buena parte de las fuerzas que podían mantener el orden estaba con los sublevados. Los partidos y organizaciones sindicales crearon instrumentos supletorios que, desbordados por el levantamiento popular, incurrieron también en arbitrariedades e injusticias. La represión termina corrompiendo a quienes la llevan a cabo y de esa regla no se excluyen tampoco los republicanos. Aunque si algo justifica la represión republicana es la existencia real de una «quinta columna» que luchaba en la retaguardia de la República.

Pero, como se explica en este libro, la represión de los republicanos tiene en general un carácter espontáneo, a menudo incontrolado, mientras que la del franquismo es una política sistemática, meditada, pensada para eliminar cualquier posibilidad de renacimiento democrático en muchos años.

La prueba es el trato que reciben, ya derrotados, los republicanos en toda España, el mantenimiento de un régimen de terror que de hecho no cesa hasta la muerte de Franco y que hace que durante unos cuantos años, con las «sacas» en cárceles y campos de concentración, sin formación de causa o con parodias procesales en ristre, se asesine todavía a decenas de miles de republicanos fríamente y se siga sembrando España de fosas comunes hasta bien avanzados los cuarenta.

Hoy en día el descubrimiento de tales fosas ya no tiene ningún carácter vindicativo. Los que las llenaron han muerto o son ancianos en edad muy avanzada. Lo que se proponen

las familias que reclaman su apertura es cumplir un rito tradicional con sus muertos, enterrarles respetuosamente, saber adónde van a poder acudir a tributarles su recuerdo. Al mismo tiempo los familiares pretenden que se reconozca que sus parientes asesinados no eran delincuentes, sino simplemente personas de ideas democráticas, que ésa fue en última instancia su única culpa.

Colectivamente, la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica pretende restablecer la verdad negada sistemáticamente durante cuarenta años y que en los primeros tiempos de la transición democrática no pudo llevarse a cabo. Montse Armengou y Ricard Belis no dudan en exponernos, con toda su crudeza, el dolor de los que quieren exhumar los restos de sus seres queridos, así como las actuales dificultades para desenterrar, tanto física como moralmente, esta parte desconocida y oscura de nuestra historia más reciente. Celebro además que veintiocho años después de la muerte del dictador, y tras el clamoroso silencio por parte de políticos de distinto color, empiecen a florecer iniciativas de este tipo.

Los franquistas, aprovechando el poder omnímodo que tenían, convirtieron en monumentos a su propia gloria los lugares donde cayeron sus partidarios —entre ellos seguramente muchos inocentes— en ostentosos lugares de peregrinación. La verdad histórica exige que los lugares donde tantos fueron asesinados por sus sentimientos democráticos y republicanos, sean también conocidos y respetados.

Así la España de hoy y la de mañana sostendrá viva la lección del pasado, de lo que no debe volver a suceder. Será un acto de justicia histórica que ya no causará ninguna víctima peleando. Lo único que así saldrá condenado es la gran mentira que ayudó al franquismo a mantenerse cuarenta años en el poder.

SANTIAGO CARRILLO